

Pablo y el dinosaurio

Yolanda Martínez Adrover



Capítulo 1

Le prometí a mi hijo que por su quinto cumpleaños iríamos a una exposición de dinosaurios. Duraría todo el fin de semana, pero nosotros habíamos decidido ir el sábado. Eran las cinco y media de la tarde cuando cruzamos el umbral de la entrada rumbo al universo jurásico. Mi hijo estaba entusiasmado, por fin iba a ver a los animales que había en las ilustraciones de sus cuentos. Convenimos en ir a pie, dado que el tiempo era bueno, como se podía presumir de un sábado en pleno mes de junio. El sol nos daba por la espalda y el viento azotaba nuestras caras. Era un viento cálido y agradable. Desde luego se agradecía aquella brisa vespertina. Pablo iba dando saltos mientras canturreaba una canción sobre dinosaurios. Aquello realmente le emocionaba. He de decir que a mí también. Desde que habíamos tenido al pequeño había vuelto a renacer, y lo veía todo con sus ojos de niño.

Él tenía muy claro cuál era su preferido, el pterodáctilo. De hecho, siempre lo escogía de entre toda la colección como su compañero para dormir. No se acostaba sin poner en la mesilla de noche a aquel bicho volador. Sin duda era su amuleto protector, después del beso de su padre, por supuesto.

–¿Estarán todos papá? –me preguntaba mi hijo.

–¡Claro! Por supuesto que estarán todos. A ver, ¿cuántos conoces?

Pablo se rascaba la cabeza antes de contestar.

–Mmmmm, el tiranosaurio rex, el velociraptor, el braquiosaurio, el protocerátops, el tricerátops, el diplodocus...

–Caramba, ipero si te sabes más que papá!

Pablo sonrió feliz porque iba a conocer a todos aquellos seres dentro de poco.

Pronto llegamos al polideportivo donde estaba ubicada la exposición. Una vez adquiridas nuestras entradas, pasamos al interior del recinto. Había una cierta oscuridad matizada por unos focos que resaltaban a aquellos animales, jugando con sus luces y sombras, haciéndolos parecer más grotescos. Un hilo musical de rugidos y sonidos selváticos amenizaba el espectáculo. Desde luego lo tenían bien montado. Un camino de huellas de dinosaurio nos iba guiando por todo el recorrido hasta llegar al final. Un

montón de criaturas estaban expuestas entre palmeras, helechos gigantes y rocas de atrezo. Algunas estaban semiocultas saliendo de entre la maleza. Los ojos de aquellos seres eran enormes, negro azabache y muy brillantes. Todos tenían un cartel informativo con su nombre, época, hábitat e información adicional sobre su vida. Pablo tenía razón, todos los que me había dicho los fuimos encontrando en la exposición.

Después de haber visto ya unos cuantos, llegamos al más temible de todos: el tiranosaurio rex. Aquella especie de ser monstruoso tenía una dentadura impresionante. Sus dientes incluso parecían de verdad, puntiagudos y bien afilados, de un blanco níveo. Para ser sincero, por un momento tuve miedo, pues aquel animal parecía tener vida. Era enorme, poseía una altura espectacular, y sus ojos tenían un brillo especial. Su mirada penetrante me hizo pensar cómo sería la vida en aquella era. Si los humanos hubiéramos existido entonces, estaríamos claramente en desventaja. Nos hubiéramos extinguido. El miedo se apoderó de mí otra vez, porque aquel dinosaurio me estaba mirando directamente. Incluso me pareció que movía sus ojos. Sin duda estaban hechos con todo detalle. La exposición estaba siendo realmente emocionante.

Después de media hora llegamos al final. Pablo me miró con cara triste y me dijo:

–Papi, perdí la chaqueta.

Así que le pregunté a un guardia de seguridad dónde se podían recuperar los objetos perdidos. Me indicó amablemente dónde se encontraba la persona encargada y allá nos fuimos. La mujer me dijo que, lamentablemente, hasta la última sesión no harían un reconocimiento de la sala. De modo que nos fuimos para casa, y luego, a las nueve de la noche, volvería yo para recogerla. Por el camino fuimos hablando de todos los dinosaurios, de cuál le había gustado más, y ése no era otro que su favorito. Lo habían colocado suspendido en el aire moviendo las alas.

Pablo llegó agotado a casa. Después de cenar ni siquiera quiso ver la tele un rato, él solo se fue para su cama con el pterodáctilo en la mano. Le di un beso en la frente y apagué su lámpara, que era un globo terráqueo. De camino a la cocina sonó el timbre. Eran ya las nueve y media y me había olvidado completamente de la chaqueta de mi hijo. Mi mujer me excusó diciendo que fuera mañana, y que si no la recuperaban, tampoco pasaba nada, era sólo una chaqueta. Así que pronto me despreocupé, hasta que volvió a sonar el timbre. “¿Quién será a estas horas?”, me pregunté. En fin, decidido, fui hasta la puerta y abrí.

–Buenas noches, no quisiera molestar. Sé que vengo a una hora tardía y que ya estarán ustedes recogiendo, pero tenía que venir. He seguido el rastro de su olor y aquí parece acabar. ¿Vive con ustedes un pequeño llamado Pablo?

Mis ojos no podían pestañear. Mi boca había quedado desencajada porque cuando vi quién se encontraba detrás de la puerta no supe reaccionar. Apenas pude decir un “sí” después de unos segundos en silencio. Aquella visita inesperada era ni más ni menos que la del tiranosaurio rex de la exposición!

–Disculpe señor, ¿podría pasar para darle esto a su hijo? –El dinosaurio levantó entonces con una garra la chaqueta de Pablo.

Mis conexiones neuronales iban y venían sin parar. Trataba de hacer un esfuerzo por reaccionar, pero me costaba varios segundos de retraso. Delante de mí tenía al dinosaurio que, durante todo aquel show, había creído vivo. ¡Y era cierto! Pero no sólo eso, había conseguido llegar hasta casa siguiendo nuestro olor, era increíble. Y todo para devolvernos la chaqueta del niño. Aquello era de locos. ¿Pero... me estaba preguntando si podía pasar?

–Señor, será sólo unos minutos. Me cayó muy bien el chiquillo y me gustaría leerle un cuento antes de dormir, si usted me lo permite.

La verdad, no sabía qué hacer. Un dinosaurio, qué digo, un tiranosaurio rex se presenta en mi casa comportándose como un humano haciéndome esta petición... No tenía nada claro en qué iba a acabar todo esto. Desde luego, si lo dejaba pasar, a Pablo le iba a hacer una ilusión tremenda. Por otro lado, se trata de uno de los dinosaurios más peligrosos ¿y si se lo come?

–Pero, ¿usted cabe por esta puerta? –me atreví a preguntar en un alarde

de raciocinio.

–Podría agacharme y pasar, no sin cierta dificultad. Si me traen una silla podré estar sentado todo el tiempo, de ese modo no rozaré el techo. No quiero estropearles la pintura.

Y ahí estaba yo, haciéndome a un lado y dejando pasar al dinosaurio civilizado.

–Ay madre ¿qué diablos es eso? –preguntó mi mujer asustada cuando vio asomar la cabeza del tiranosaurio.

–Buenas noches, señora. Sólo serán unos minutos. Traigo la chaqueta de su hijo.

El dinosaurio pasó a través de la puerta agachado. Pudo incorporarse algo más una vez dentro, dado que el techo era más alto que la entrada.

–Por aquí –le indiqué yo hacia la habitación de Pablo. Cogí una silla de la cocina y se la llevé. Encendí la luz y le pregunté a mi hijo si estaba despierto.

–¡Mira quién ha venido a visitarte!

Pablo abrió los ojos y se irguió rápidamente de la cama.

–¡Ala! ¿Eres el dinosaurio de la exposición?

–Sí, soy el mismo. Te traigo tu chaqueta. Me ha sido de gran ayuda para llegar hasta aquí porque huele mucho a ti.

Pablo sonrió alucinado.

–¿Quieres que te lea un cuento?

–¡Síííí! –gritó Pablo apretando los puños de felicidad.

–¿Cuál quieres que te lea? ¿Tienes El Principito?

–Papá, ¿tenemos ese libro?

–Sí hijo, te lo leí alguna vez ¿no te acuerdas?

Fui hasta la estantería del niño y alcancé el libro. Se lo tendí. El dinosaurio comenzó a leerle el cuento. Pablo estaba estirado boca abajo con las manos sujetando la cabeza, muy atento a la narración. Sus ojos brillaban de felicidad, jamás pensó tener a un tiranosaurio rex tan cerca. Es posible que fuese el mejor día de su vida. Yo me quedé junto a mi mujer en la puerta de la habitación durante un rato, escuchando también el cuento. Cuando consideramos que todo transcurría con normalidad y no había peligro, los dejamos solos y nos fuimos para la cocina. En todo momento podíamos escuchar el sonido de las palabras de fondo, que salían de la boca del dinosaurio, a veces también las de Pablo, preguntando cualquier duda que le iba surgiendo sobre el libro. Mientras tanto, nosotros preferimos charlar sobre lo increíble que era esta situación. No nos llegábamos a explicar de dónde había venido este dinosaurio, si seguía vivo después de tantos años de extinción de su raza. Lo cierto es que había muchas cuestiones por resolver.

En la habitación, el dinosaurio empezó a preocuparse porque estaba sintiendo un hambre repentina que sonaba en su barriga rugosa. Pablo preguntó:

–¿Qué es ese sonido?

–Es mi barriga Pablito, tengo hambre.

–¿Quieres que les diga a mis papás que te preparen un vaso de leche?

–No me gusta la leche, es que yo soy carnívoro.

Después de unos segundos de silencio el dinosaurio preguntó:

–Oye Pablo, ¿tu quieres mucho a tus papás?

–Si, por favor, no te los comas.

–Hmmm, me lo temía... ¿Qué puedo hacer? Quería seguir leyéndote el cuento pero tengo un hambre que no me aguanto. Ni a ti ni a tus papás os puedo comer, además, me habéis caído muy bien. ¿Tenéis perro?

–Si, se llama Wally, pero tampoco te lo comas, por favor, es mi otro amigo. Es muy buen guardián y también juega mucho conmigo.

–Ay, qué difícil situación. Yo no te quiero comer, Pablito, pero me están entrando unas ganas... es necesario que ingiera algo pronto, de lo contrario mis instintos vencerán y acabarás en mi barriga.

Pablo empezó a pensar con rapidez.

–¡Ya sé! ¡Cómete al vecino! Siempre está taladrando para colgar cuadros y nos molesta con su ruido.

–¿Dónde vive?

–En la casa de la derecha, la de color blanco.

–¡Muy bien! Gracias Pablito. Ahora vengo.

Y salió por la ventana hacia el jardín. Pablo vio la escena desde allí. La sombra del dinosaurio entró en la casa, cogió a un hombre por la pierna y, como quien come un espárrago, lo engulló entero sin masticar. Al final acabó chupándose los dedos. Pablo rio desde su habitación al ver el teatro de sombras. En pocos segundos, el tiranosaurio regresó al cuarto.

–¿Por dónde íbamos? –preguntó el animal. ¡Ah si! –Y comenzó a leer desde donde lo habían dejado. Pablo no consiguió mantenerse despierto hasta el final. Sus padres entraron en la habitación justo cuando el dinosaurio lo estaba arrojando. Entonces el niño se despertó y les preguntó si podían quedarse con Dino, así lo había llamado. Los padres dudaron unos segundos, no acababan de imaginarse cómo sería la

convivencia con un animal tan grande. Así que optaron por contestar que de momento podría quedarse unos días de prueba.

–¡Biennn! –Pablo apretó los puños en alto sintiéndose feliz y victorioso.

En los días siguientes, varios vecinos del pueblo habían desaparecido. Corría el rumor de avistamientos de un ser de aspecto monstruoso y enorme. Algunas personas decían haberlo visto por las calles paseando o entrando en casas del barrio. Pero nadie sabía decir qué era ni dónde se refugiaba. Los padres de Pablo habían preparado un velo hecho de sábanas que ocultaba el cuerpo del dinosaurio cuando quería salir al jardín. También habían aumentado sus compras de carne en el supermercado, sin embargo nadie sospechaba nada. Pero lo cierto es que al tiranosaurio no le llegaba la comida que ellos le compraban, así que, de vez en cuando, se merendaba a algún vecino molesto. De ese modo, fueron desapareciendo el del taladro a medianoche, el del cortacésped por la mañana bien temprano, la vecina que chilla a todas horas... en fin, todos conocieron la barriga de Dino, el tiranosaurio civilizado.